

## CAPITULO IV.

### LA INCREDELIDAD.

#### SECCION PRIMERA.

##### LA INCREDELIDAD EN LA EDAD MEDIA.

###### § I.—Los Tres Impostores.

La incredulidad filosófica se comprende en una edad cristiana: los libres pensadores forman siempre una imperceptible minoría, y la influencia de Aristóteles explica sus extravíos. Lo que parece más inexplicable es que la incredulidad haya traspasado los límites de la escuela para invadir las clases elevadas primeramente, y después hasta las clases inferiores. Para muchos lectores será una blasfemia el decir que la incredulidad data de la Edad Media. Si hay blasfemia, la responsabilidad corresponde á los hombres de la Edad Media, porque la expresión más radical de la impiedad, la idea de los *Tres Impostores* data de principios del siglo XIII. ¿Quién esperaría encontrar á Aquel á quien la cristiandad adora como Hijo de Dios, confundido, en el seno de una sociedad católica por excelencia, entre los tramposos, en compañía de Moises y Mahoma? Sin embargo, el hecho tiene su razón de ser: debemos buscarle en el espíritu estrecho, exclusivo, de las religiones reveladas. No hay injuria que los cristianos no hayan dirigido al profeta árabe. Para ellos el nombre de Im-

postor ha llegado á ser casi sinónimo del de Mahoma. Ahora bien, si el fundador de una de las grandes religiones que reinan sobre las almas es un vil engañador, ¿quién nos garantiza que los demás reveladores no han explotado igualmente la credulidad humana? Si los cristianos tienen el derecho de acusar á Mahoma de impostura, los que no creen en el cristianismo ni en el mahometismo pueden dirigir la misma injuria á Jesucristo y á Moises. La filosofía no se hará nunca culpable de semejante ultraje; respeta el sentimiento religioso bajo cualquiera forma que se manifieste; no ve engaño en la fe, por grosera é imperfecta que se la suponga, porque sabe que la fe es un elemento necesario de la vida humana.

Se dice que Simon, canónigo de Tournai y profesor de teología en París á principios del siglo XIII, después de haber demostrado la divinidad de Cristo por medio de sólidos argumentos, exclamó en plena cátedra: «¡Oh Jesus! no me costaría mucho trabajo el destruir tu divinidad por medio de razones de más peso que éstas» (1). Se dice también que el mismo Simon enseñó que Moises, Jesucristo y Mahoma eran tres impostores que habían engañado á los Judíos, á los Cristianos y á los Árabes (2). La tradición va acompañada de circunstancias evidentemente fabulosas; así es que se cuenta que Simon fué acometido de mutismo y de imbecilidad en cuanto hubo proferido su horrible blasfemia. Sin embargo, no tenemos ninguna razón para dudar de la verdad del hecho que se imputa al filósofo de Tournai. El siglo XIII vió un espectáculo más extraño todavía y más afectivo para los fieles; el trono imperial fué ocupado por un incrédulo. Es preciso recordar lo que era el imperio en la doctrina de la Edad Media para comprender la gravedad de este hecho. El Emperador era, juntamente con el Papa, el jefe de la cristiandad: ¡de manera que el Vicario temporal de Cristo no creía en la divinidad de Cristo! ¡El defensor nato de la Iglesia rechazaba la Iglesia como obra del error y del fraude! Esto en el fondo era la ruptura de la humanidad

(1) MATTHEUS PARIS, *ad a.* 1201, p. 206.—*Historia literaria de la Francia*, t. XVI, p. 390-392.

(2) TH. CANTIPRATANUS (dominico), *De Apibus*, lib. II, c. 8, núm. 5.



con el cristianismo. ¿Llevó Federico II la audacia hasta el punto de tratar de *impostor* á Aquél de quien era vicario? Es difícil decirlo; un papa le acusa públicamente de haber proferido esta impiedad (1). *Mateo Paris* reproduce la misma acusación: «El Emperador ha dicho, apenas pueden transcribirse sus palabras, que Moisés, Jesús y Mahoma eran charlatanes que sedujeron á sus contemporáneos con habilidad y con astucia para apoderarse de la dominación del mundo» (2). Otro cronista refiere que Federico quería fundar una religión nueva, más razonable y más perfecta que la de Cristo (3). La posteridad, abundando en las opiniones de los contemporáneos, le ha hecho autor del famoso libro de los *Tres Impostores*, que no se encuentra en ninguna parte. Parece que el libro no ha existido nunca (4); pero su idea responde tan bien á la incredulidad, que se le imputa á todos los enemigos del cristianismo desde Federico II hasta Espinosa (5).

En el siglo XIV ha llegado á ser tan común la idea de los *Tres Impostores*, que los romanceros se apoderan de ella; pero ya no es un insulto lanzado contra los reveladores, sino la expresión de la tolerancia, ó si se quiere, de la indiferencia religiosa. Bajo esta forma la encontramos en *Bocaccio*. Saladino, queriendo poner en un apuro á un judío para sacarle dinero, le preguntó cuál de las tres religiones, la judía, la cristiana ó la musulmana, le parecía la verdadera. El judío respondió: «Un hombre rico tenía en su tesoro una sortija de gran precio; en su testamento declaró que había de ser su heredero aquel que la poseyera. Al cabo de varias generaciones, la sortija vino á parar á manos de un hombre que tenía tres hijos igualmente dignos; no queriendo favorecer á ninguno de ellos, hizo construir dos sortijas completamente semejantes, tanto, que él mismo no podía distinguirlas. Dió una á cada uno de sus hijos. Los tres se presentaron á reclamar la herencia; los jueces no encontraron medios de decidir la cuestión, que toda-

(1) GREGORIO IX, en MANSI, t. XXIII, p. 87.

(2) MATTH. PARIS., *Chronica*, ad. a. 1238.

(3) PISTORIUS, *Rerum germanicarum Scriptor.*, t. I, p. 1327.

(4) MENAGIANA, t. IV, p. 374 y sig.

(5) RENAN, *Averroés*, p. 235, cita veinte escritores, más ó menos ilustres, á los cuales se atribuye el libro de *Los Tres Impostores*.

via sigue en pie. Lo mismo digo, añadió el judío, respecto de las tres religiones dadas á los tres pueblos por Dios Padre. Cada cual cree poseer su herencia; pero ¿quién tiene la ley verdadera? La cuestión sigue en pie como la de los tres anillos» (1).

La idea de los *Tres Impostores* sufrió aún otra transformación en manos de la filosofía. *Lessing* volvió al símbolo de las *tres sortijas*; pero ya en él no hay ni asomo de desprecio para los reveladores. A sus ojos todas las creencias son sagradas; lejos de confundirlas en una indiferencia general, ve en ellas la mano de Dios; considera á la religión como un instrumento de educación del género humano, y la educación es progresiva é infinita. Esta última expresión de la idea de los *Tres Impostores*, que en su forma primera nos repugna, nos reconcilia con la incredulidad. La incredulidad no es nunca más que una protesta, una reacción; en realidad viene á parar en una fe nueva, cada vez más pura de supersticiones, cada vez más perfecta.

### § III.—La indiferencia.

La explosión de impiedad que tiene lugar en el siglo XIII, supone una larga preparación. Generalmente el primer paso hacia la incredulidad es la indiferencia. La indiferencia religiosa, esa enfermedad de nuestro tiempo, no es, como dicen los partidarios del pasado, el resultado de la filosofía; tiene sus raíces en la Edad Media. Desde el siglo XII prohíbe un concilio administrar los Santos Óleos á los que desprecian la religión (2). En el siglo XIII la indiferencia se ha convertido en una enfermedad crónica; los sínodos se ven obligados á castigar á aquellos que no van á la iglesia durante tres domingos seguidos, y á aquellos que no comulgan por pascuas (3). A esta relajación se debe el célebre decreto del

(1) BOCCACCIO, *Decameron*, I, 3.—El mismo cuento se encuentra en las *Cien Novelas* (GINGUENÉ, *Historia literaria de Italia*, t. III, p. 125).

(2) *Concil. Remense*, 1148, c. 15 (MANSI, t. XXI, p. 720).

(3) *Constituciones de GUILLERMO*, obispo de París, 1208, c. 11, 8 (MANSI, t. XXII, p. 768, 767).



concilio de Letran de 1214, que obliga á todo cristiano á comulgar por lo ménos una vez al año. Había ya en aquella época fieles que despreciaban los sacramentos (1). Los hombres de mundo, los caballeros, se avergonzaban de frecuentar la iglesia y de mostrarse devotos cuando por casualidad concurrían á ella; un ilustre predicador les dice que también Jesucristo tendrá vergüenza de ellos y no los reconocerá como suyos (2). La indiferencia invadió el pueblo: «Hay fieles, dice *Alberto el Grande*, que no son cristianos más que de nombre, y que frecuentan más la taberna que la iglesia» (3). No se trata, como pudiera creerse, de algunas raras excepciones; el filósofo alemán habla de la multitud de aquellos que no comulgan; los divide en tres clases: los *infieles*, que, cegados por la malicia del diablo, no creen en los sacramentos; los *indiferentes*, que, ocupados con los asuntos temporales y negocios pecuniarios, no piensan en la religión; por último, los *ímpios*, tan empedernidos en su vida criminal, que desdeñan presentarse á la mesa del Señor (4). El testimonio de *Alberto el Grande* no es aislado. *San Buenaventura* dice que había muchas personas que no querían oír la palabra de Cristo (5). Otro escritor del siglo XIII se queja de la indiferencia general de los fieles respecto de la comunión; si hemos de creerle, se hacían milagros para convencer á los desertores de la fe, clérigos y laicos, que no creían en la transubstanciación (6). Cuando hacen falta los milagros para sostener la fe vacilante, hay mucho peligro de acabar de perderla.

Era imposible que los milagros fuesen eficaces, porque los mismos que debían convencer apenas estaban dispuestos á creer en ellos. Los concilios buscaron otros remedios igualmente insuficientes. En el siglo XIV el obispo de Aviñón se queja de que hay feligreses que no frecuentan la iglesia; para reanimar su celo ame-

(1) *Concil. Narbon.*, 1227, c. 7 (MANSI, t. XXIII, p. 23): «*Qui confiteri contempserint saltem semel in anno.....*»

(2) S. BONAVENTURA, *Sermo de Sanctis* (Op., t. III, p. 256).

(3) ALBERTUS MAGNUS, *Sermo XIV* (Op., t. XII, p. 35); *Sermo XXXIV*, página 67.

(4) ID., *Sermo de Sacramentis XX* (Op., t. XII, p. 281).

(5) S. BONAVENTURA, *Serm.* (Op., t. III, p. 359).

(6) CÆSARIS HEISTERBACHENSIS, *Demiraculis*, IX, 6; IX, 5; IX, 19; IX, 3.

naza á los indiferentes con la excomunión (1). ¿Qué influencia podían tener los rayos de la Iglesia sobre los que ya no creían en la Iglesia? Se organizó una especie de inquisición con objeto de señalar á la venganza del poder espiritual á aquellos que no iban á confesar y á comulgar (2). Pero ¿qué pena se les podía aplicar? Era difícil considerarlos como herejes, porque los herejes eran hombres de fe. Se ensayó un medio singular para atraer á los indiferentes á las ceremonias del culto; se prohibió la entrada en los lugares sagrados á aquellos que no acudían á recibir los sacramentos (3). La sanción no debía asustar á gentes que no deseaban otra cosa que dejar de frecuentar la iglesia. Los concilios acabaron por imponer multas á los que no iban el domingo á misa ó no cuidaban de confesar sus pecados (4). Una sanción penal para asegurar el cumplimiento de los deberes religiosos es el mayor de los absurdos; las penas hacen hipócritas, no hacen creyentes. Las quejas acerca de la indiferencia de los fieles continuaron durante todo el siglo XIV: «Los cristianos, dice un concilio, se quedan el domingo en su casa como animales» (5). La observancia de los ayunos corría parejas con la de las fiestas (6). Sin embargo, la religión no consistía más que en prácticas exteriores; los que no iban á la iglesia no comulgaban y no ayunaban; no eran ya cristianos.

La indiferencia general se apoderó hasta de los clérigos. En el concilio de Constanza los predicadores se quejaron de que entre los preladados había fariseos que no iban á misa, que no asistían á los sermones ni á las procesiones, que se ocupaban de intereses

(1) *Estatutos de Aviñón*, 1341 y 1366 (MARTENE, *Thes. Anecd.*, t. IV, p. 565 579).

(2) *Concilios de Cambray* del siglo XIV (MARTENE, *Collectio Amplissima*, t. VII, p. 1297); *de Bourges*, 1351, c. 12 (MANSI, t. XXVI, p. 250); *de Benevento*, 1378, c. 66 (*ib.*, p. 652) y otros muchos.

(3) *Concilios de Narbona*, 1227, c. 7 (MANSI, t. XXIII, p. 23); *de Bourges*, 1351, c. 12 (*ib.*, t. XXVI, p. 250); *de Benevento*, 1378, c. 66 (*ib.*, p. 652); *de Toledo*, 1339, c. 5 (*ib.*, t. XXV, p. 1146).

(4) *Concilios de Benevento*, 1378, c. 68 (MANSI, t. XXVI, p. 653); *de Rávena*, 1311, c. 15 (*ib.*, t. XXV, p. 457); *de Valladolid*, 1322, c. 27 (*ib.*, p. 722); *de Ferrare*, 1332, c. 7 (*ib.*, p. 904).

(5) *Concilio de Benevento* (MANSI, t. XXV, p. 972).

(6) *Concil. Salmanticense*, 1335, c. 7 (MANSI, t. XXV, p. 1052).



temporales y vivían según la carne, en lugar de servir á Dios; otros, decían, iban á la iglesia, pero no hacían más que hablar, reír, decir chistes ó palabras feas, ó dormir (1). En 1429 el concilio de París repitió las mismas quejas (2). El ejemplo de los clérigos debía ser fatal para aquellos fieles que aún conservaban su fe. Las iglesias fueron quedando desiertas: sólo el sacerdote asiste á los maitines y á las vísperas, dice *Clemengis*. Las prácticas religiosas llegaron á ser objeto de risa para los indiferentes (3), y, como la religión se confundía con estas prácticas, no se vió en ella más que una superstición buena para los tontos. En el siglo xv había ya familias en que solamente las mujeres practicaban (4). La indiferencia general se manifestó en un hecho más escandaloso: los cristianos cambiaban de religión según les convenía (5). No era seguramente la convicción la que movía á los discípulos de Cristo á abrazar la fe de Buddha ó de Mahoma, era la indiferencia llevada hasta la incredulidad.

### § III. — La incredulidad.

La indiferencia no es todavía la incredulidad; el indiferente niega las verdades de la religión, se contenta con no cumplir los deberes que impone; pero, como no tiene convicción, es frecuente ver á los que durante su vida no han llenado las prácticas religiosas volver al seno de la Iglesia ántes de morir, no por persuasión, sino por cálculo ó por temor. El incrédulo va más allá; ataca los

(1) BERNHARDI BAPTISATI *Invectiva* (VON DER HARDT, *Concil. Const.*, t. I, p. 885).

(2) *Concilio de Paris*, de 1429, c. 2, 4 (MANSI, t. XXVIII, p. 1097).

(3) *Concilio de Reims*, de 1408 (MANSI, t. XXVI, p. 1072).

(4) La madre del místico alemán ENRIQUE SUSO no asistió á misa durante treinta años, por temor á su marido (ULLMANN, *Reformatoren vor der Reformation*, t. II, p. 206).

(5) *Andree Episcopi Megarensis Gubernaculum Conciliorum* (VON DER HARDT, *Concil. Constant.* t. IV, p. 180): «*Abierunt alius in legem Tartaricam, alius in Muhammedicam, alius in legem idolatricam, alius in legem judaicam, et dereliquerunt Dominum Jesum et recesserunt a Deo.*»

dogmas religiosos; puede volver á la fe por medio de una conversión ruidosa; pero, si persiste en su oposición, viene á parar al escepticismo absoluto, á ménos de que la necesidad de creer le conduzca á creencias que la razón puede aceptar. Según esto, parece que no debía haber incredulidad más que en las clases que tienen tiempo y medios de desarrollar su inteligencia. Pero la incredulidad es contagiosa; cuando ha invadido las clases superiores, es raro que no descienda á las demás regiones sociales. Esto es lo que sucedió en la Edad Media; vamos á ver qué la incredulidad invadió hasta el clero.

Un emperador es el heresiarca de la secta de los incrédulos. No porque Federico II haya sido el primer desertor de la fe cristiana, sino porque la apostasía del vicario temporal de Jesucristo llenó de asombro y de horror á los contemporáneos; llegó á constituir un tipo. La tradición acumuló sobre su cabeza todos los signos de la incredulidad, todos los insultos que proferían los enemigos de Cristo. Se le imputó la blasfemia de los *Tres Impostores*; Gregorio IX le acusó de negar la Encarnación: «Se atrevió á afirmar, dice el Papa, que son unos necios los que creen que Dios nació de una vírgen, puesto que nadie puede nacer más que del comercio carnal del hombre y de la mujer.» La Eucaristía se prestaba á chistes profanos: «¿Qué Dios es ése que nace en los campos de trigo?» Sin embargo, aquel *Dios pan* era el fundamento más sólido de la dominación clerical; el Emperador se indignaba, y exclamaba cuando veía pasar el Santísimo Sacramento: «Hasta cuando ha de durar esta farsa?»

Si hemos de creer á Gregorio IX, la incredulidad de Federico II era sistemática; decía que «no se debe creer más que lo que está en armonía con la razón y con la naturaleza de las cosas» (1). Este es el principio del racionalismo, el enemigo más peligroso de las religiones reveladas. Los racionalistas no tienen que avergonzarse de su jefe. Un antiguo cronista dice que no le faltaba á Federico para ser sin igual en el mundo más que ser católico (2),

(1) MANSI, t. XXIII, p. 87.—Compárese el t. VI de mis *Estudios*.

(2) El hermano SALIMBENO dice en su *Crónica*, p. 354: «*Si bene fuisset catholicus, paucos habuisset in imperio suo pares in mundo.*»